

23

PASTORAL

DEL

ARZOBISPO DE BOGOTÁ

PARA LA CUARESMA

ENERO 16 DE 1883

BOGOTÁ

IMPRESA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA

## NOS VICENTE ARBELAEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE ARZOBISPO DE SANTAFE DE BOGOTA,  
PRELADO ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, &c., &c.

A todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, salud y bendición en el Señor.

CARÍSIMOS HIJOS NUESTROS :

Por razón de nuestro sagrado ministerio, debemos ocuparnos constantemente en procurar la salvación eterna de vuestras almas, ocupación más noble y sublime que la que tiene por objeto el cuidado de las cosas puramente humanas. Y si en todo tiempo un Obispo debe ser el centinela avanzado en la defensa de la grey que le ha sido confiada por el Pastor Eterno, su celo y vigilancia deben aumentar en proporción de los peligros á que está expuesta.

Por todas partes y de diversos modos se promueve una cruel y tenaz persecución á Jesucristo y á su Iglesia. En nuestro país, los actos legislativos sancionados contra sus derechos testifican la guerra que se le hace. Se decretó la completa separación de la Iglesia y el Estado, fueron suprimidas las órdenes religiosas, confiscados los bienes de la Iglesia, declarados como matrimonios válidos las uniones contraídas fuera del rito católico, excluida la autoridad eclesiástica de la enseñanza de la juventud, y vulnerada la libertad de la Iglesia en el ejercicio del sagrado ministerio con leyes depresivas, sancionadas en los diversos Estados de la República, de conformidad con la ley general sobre inspección de cultos. Felizmente ésta fué derogada por el último Congreso: reparación que honra á los legisladores que sostuvieron y defendieron este acto de estricta justicia.

Esta persecución ha sido á veces franca y decidida, que sin duda es la menos temible; pero hace mucho tiempo que existe, y continúa todavía bajo un aspecto de insi-

diosa moderación. Entre los diversos medios empleados por la persecución para obtener su fin, en ninguno se ha manifestado más tenaz y persistente, que en el de apoderarse de la juventud para formar una nueva generación, que careciendo de instrucción religiosa, carezca también de la fe de sus antepasados.

No nos sorprende que los enemigos de la Iglesia católica, de su moral y de sus instituciones, empleen todos los medios que están á su alcance para combatir y destruir el edificio augusto de la fe; pero sí contrista en extremo nuestro corazón, el observar que muchos que se glorían de llevar el nombre de católicos, contribuyan con sus procedimientos á la destrucción del reino de Jesucristo.

Cuando la Cananea, corriendo tras el Salvador, le decía á grandes voces: "Señor, hijo de David, ten lástima de mí, mi hija es cruelmente atormentada del Demonio," no fué á causa de sus clamores por lo que el Señor reconoció la grande fe de esta hija de Canaán, sino porque sus palabras estaban de acuerdo con su fe. Esa fe que no se cifró en estériles palabras, sino que se manifestó por medio de obras, fué la que le mereció que el Señor le dijese: "Oh! mujer, grande es tu fe." Esa fe práctica manifestada con hechos, es la que se necesita hoy en los católicos para sostener y conservar la religión que recibieron de sus padres, y trasmitirla incólume á sus descendientes; pero llamarse católicos, y desmentir con su conducta lo que dicen creer, es la más enorme á la par que la más inexcusable contradicción. Un pueblo cuya conducta no está de acuerdo con sus creencias, corre infaliblemente á un abismo de desgracias.

Es cosa que verdaderamente sorprende, que los que tanto alarde hacen de llamarse amigos del pueblo fijen todo su conato en destruir su fe y sus creencias, para hacer de esta manera su felicidad. Todo lo toleran: las sectas más extravagantes y la profesión de los más grandes absurdos; todo, menos el catolicismo, cuya benéfica influencia jamás podrán negar. Pero hay todavía un hecho más triste y alarmante, y es que ese mismo pueblo preste oídos á sus falaces seductores, cuando sabe por experiencia propia que los enemigos de la fe y de la religión nunca han tenido en mira mejorar su suerte. Para seducirlo siempre han em-

pleado las pomposas palabras de libertad, progreso y civilización, pero alterando su verdadero sentido, y violando en su nombre los más sagrados derechos, no han hecho sino sumergirlo en la esclavitud, en la anarquía y en el más espantoso retroceso. Por el contrario, ese cristianismo que tanto odian fué el que trajo al mundo la verdadera libertad, el progreso y la civilización, santificando todos los derechos del hombre, y estableciendo la verdadera tutela de la justicia. Él con su virtud divina doma en todas partes las ciegas y vergonzosas pasiones de los hombres, guía y dirige todo lo que es honesto, laudable y grande y es el único elemento que estableció el vínculo de la unidad y de la concordia.

Sin embargo que la evidencia de estas verdades está admirablemente ratificada por la historia y la experiencia de diez y nueve siglos, á nadie se oculta hoy que existe un plan premeditado, sistemático y organizado que tiene por objeto hacer retroceder á las naciones al paganismo, sumergiéndolas en el más degradante indiferentismo religioso.

Que las naciones antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo y de conocer la santidad y perfección de su doctrina, hubiesen abandonado la verdadera religión y por consiguiente la fuente de toda civilización, es fácil de comprenderse; pero que pretendan hoy rechazar la doctrina del cristianismo, negando que á su benéfica acción deben su engrandecimiento, su cultura y su perfeccionamiento, apenas puede concebirse. Y todavía es más inconcebible que los corifeos de esta rebelión contra Dios y contra su Iglesia, con el objeto de seducir á los pueblos no cesen de aseverar en todos los tonos posibles que el catolicismo se opone á su felicidad y á su progreso.

Una simple comparación entre la civilización pagana y la cristiana bastará para probar la temeridad y la injusticia de tan absurdo intento.

Examinemos rápidamente la civilización pagana, no ya en los pueblos orientales que yacen bajo el despotismo asiático, sino en el mayor grado de esplendor á que llegó en las famosas repúblicas de Grecia y Roma, y veremos que aún allí dicha civilización se manifestó sumamente débil y efímera, y esto, porque le faltaba el elemento moral

que es base absolutamente indispensable para constituir una civilización verdadera.

Sólo Dios, quiérase ó no, es el origen de todo derecho y de todo deber. Bajo este punto de vista el paganismo fué y es absolutamente impotente para producir la civilización, pues corrompiendo la idea de Dios, negó su unidad y creó un número infinito de dioses atribuyendo á cada uno de ellos las pasiones, los vicios y los errores del hombre.

Respecto del individuo, el paganismo desconoció su dignidad y su libertad, violando así sus derechos naturales, lo que se manifiesta por el desapiadado abandono en que tenía á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos, á los ignorantes y á los extraños, no teniendo éstos quien enjugase sus lágrimas, aliviase sus dolores ni proveyese á sus necesidades.

Si del individuo pasamos á la familia, hallaremos que el paganismo lejos de hacerla buena, tranquila y feliz, la corrompía, ya con la prepotencia marital, ya con el envilecimiento legal de las esposas, ya con los divorcios tan fáciles y frecuentes, que, como refiere Séneca, las matronas romanas contaban sus años por sus divorcios, ya en fin por la abyección de los hijos, los cuales respecto del padre eran de peor condición que los esclavos respecto de sus señores.

Por lo que hace á la sociedad política en sus relaciones civiles, el paganismo profesaba como principio de derecho público que el individuo sólo nació para el Estado. Principio por el cual eran sacrificados todos los derechos del hombre, y la inalienable dignidad de su naturaleza racional; y por el cual el entusiasmo patriótico, ciertamente bello y aún sublime, salía entre los paganos del orden natural y se convertía en delirio destructor de toda cultura. En una palabra, el paganismo con sus falsas doctrinas y con su triste influencia fué la causa de la corrupción general del mundo; por el contrario, el cristianismo con la luz de su doctrina y con su acción santificante, trajo consigo la civilización verdadera.

Sí, el cristianismo restableciendo la exacta idea de Dios con el dogma de su unidad y enseñando sus infinitas perfecciones, restableció la unidad moral del género humano, formó de todos los pueblos una sola familia, y co-

locó al hombre en sus legítimas relaciones con su Creador y con sus semejantes, que es lo que constituye la base sólida y la noción completa de la civilización moral.

Además, la idea de la paternidad divina y de la gratuita adopción nuestra por hijos de Dios, enseñada por el dogma de la redención, es sin duda el título más sublime de la nobleza de nuestro ser, y el dón más precioso que debe la humanidad al cristianismo. Desde este momento, el hombre se sintió elevarse de su baja, vió su origen celestial, y conoció sus destinos inmortales. Si Dios es el Padre común de los hombres, es claro que todos somos hermanos y dignos de recíproco amor. La naturaleza pondrá entre hombre y hombre la desigualdad de clima, de lengua, de ingenio, de fuerza, de riqueza; una sola cosa nos hace iguales: la Religión. Separados por tantas causas sociales, nos unimos y abrazamos con igualdad moral, delante de un Dios que murió por todos, y que á todos se ha prometido á sí mismo por galardón. Hé aquí la dignidad del individuo elevada y consagrada por el dogma de la redención. De este dogma vino necesariamente la idea de abolir la esclavitud, ennoblecer la mujer, restablecer dentro de sus justos límites la autoridad paterna y establecer la igualdad entre todos los hombres. A las innobles y variables leyes del utilitarismo, de la fuerza y del egoísmo, fué sustituido un vínculo digno y durable, el de la caridad, la cual llegó al más alto grado de perfección con el precepto que nos impone de perdonar á nuestros enemigos, y de socorrer las miserias humanas hasta con el sacrificio de la vida.

En el cristianismo, el amor es la cadena de oro que une el cielo con la tierra, al Criador con la criatura y al hombre con el hombre. La sociedad moderna que tanto alarde hace de los principios de libertad, de igualdad y de fraternidad, si fuera leal, debería reconocer que tales principios fueron proclamados en su verdadero sentido por la revelación cristiana, sin la cual todavía serían desconocidos en el mundo.

Así como los derechos individuales fueron consagrados en el cristianismo por el dogma de la redención, de la misma manera lo fueron los de la familia por el dogma que restableció el matrimonio á su primitiva institución y

lo elevó á la augusta dignidad de sacramento, y á símbolo de la unión indisoluble entre Cristo y su Iglesia. De esta manera el cristianismo aseguró la fidelidad conyugal, cerró la entrada al divorcio, introdujo la vigorosa al mismo tiempo que tierna y suave educación de los hijos; y así el matrimonio vino á ser en el cristianismo una fuente de notables ventajas sociales y de inmenso mejoramiento moral.

Respecto de la sociedad civil, el cristianismo consagró el dogma de que todo poder fundamental viene de Dios, y es un ministerio divino ejercido en beneficio del hombre. De aquí la transformación feliz de la autoridad pública y soberana, dirigida, según el pensamiento cristiano á manifestar en sí la misma autoridad y bondad divinas, y á procurar no el bien suyo sino el bien de los súbditos, los cuales por correspondencia deben espontánea y leal fidelidad y sincero obsequio de obediencia racional. De esta manera el cristianismo moderando con discreta sabiduría las relaciones de los hombres en la sociedad civil, al mismo tiempo que impide en el gobernante el despotismo y la demasiada condescendencia, impide en los súbditos la rebelión y la cobarde sumisión á las injustas pretensiones del que manda.

A todos estos beneficios que el cristianismo trajo á la sociedad, se agrega el del derecho público internacional cristiano, fundado no en el capricho ni en la fuerza, sino en la verdad, en la justicia y en la caridad, que siendo los principios de la ley cristiana que une á los hombres entre sí, son á un tiempo mismo los que unen á las naciones, y que bien entendidos y aplicados, valdrán más que todos los cañones para mantener entre ellas la paz y el mútuo respeto.—Por esto dice con razón Montesquieu: “ Debemos al cristianismo, en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes por los cuales la naturaleza humana jamás sabrá serle suficientemente agradecida.”

Es, pues, cierto é indudable que el cristianismo triunfando del paganismo trajo al mundo la fuente de la verdadera civilización, por lo cual ha dicho muy bien Donoso Cortés: “ La historia de la civilización es la historia del cristianismo: escribiendo ésta se escribe aquélla.” En el

mismo sentido decía Federico Schlegel: “La Roma de Pedro reformando el estado social del mundo antiguo fundó sobre base eterna una sociedad verdaderamente cristiana, la cual habiendo nacido y crecido en el seno de la misma Iglesia, tomó su raíz y su incremento en el amor y en la religiosa sumisión de los pueblos.”

Esta Religión establecida por Jesucristo, de la que Él mismo es el modelo que regeneró al mundo con la santidad de su doctrina, es la que hoy se pretende destruir para reemplazarla con el frío indiferentismo y positivismo que necesariamente harán retroceder al mundo al antiguo paganismo con todo su cortejo de males. Que á este tenebroso abismo corren precipitadamente las naciones, lo manifiesta el hecho de que casi todos los gobiernos que antes eran católicos se han separado de Dios no reconociendo religión ninguna. Este desconocimiento social de la autoridad divina, á la cual sustituyen la voluntad del hombre ó de la multitud, ha engendrado por todas partes la anarquía, justo castigo de esa apostasía oficial de las naciones, que puede ser el presagio de su completa reprobación. Las naciones como los individuos atraen su reprobación por el abuso que hacen de las gracias que Dios les dispensa. Cuándo llegue el término de las gracias y el momento del castigo, es secreto que sólo Dios conoce.

Es cierto que la Iglesia siempre saldrá victoriosa de los impíos asaltos de sus enemigos; pero es necesario tener presente que la promesa que Jesucristo le hizo de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, fué hecha á la Iglesia universal y no á ninguna Iglesia en particular.

La historia nos manifiesta con terribles y espantosos ejemplos que aquellos países en donde los fieles no supieron corresponder á las gracias y beneficios con que Dios los favoreció, fueron sepultados en castigo de su infidelidad, en las sombras de la muerte y de la incredulidad.

El pueblo judío fué el primero que se opuso al reinado de Jesucristo, y no contento con calumniarle y perseguirle satisfizo su odio dándole una muerte cruel y violenta, lo que lo hizo acreedor á ser el primero en experimentar su ruina. Jamás se vió castigo más palpable, y hoy mismo después de diez y ocho siglos, vemos á este



pueblo disperso, sin templo, sin altar, sin sacrificio, arras-trando el terrible anatema de haber derramado una san-gre mucho más pura que la del inocente Abel.

Después de la nación Hebrea, Roma pagana fué sin duda el enemigo más implacable que tuvo el cristianismo. Pues bien, esa soberbia Roma que se hallaba en el apo-geo de su grandeza cuando vino Jesucristo, fué también sacrificada á la gloria de Dios y al triunfo del Evangelio. Esta ciudad que se llamaba la reina del mundo y la ciudad eterna, fué la misma cuya humillación y caída vió San Juan en espíritu y profetizó tres siglos antes que se verifi-cara. Con la mayor claridad y precisión indica todos los grados de su decadencia y los diversos castigos que pre-cederán á su última calamidad, y designa los futuros ven-cedores del pueblo que tantas veces se creyó invencible, y el número de reyes y de naciones bárbaras que se dividi-rán el Imperio. Pero sobre todo, con el fin de que no se ignore la causa de tan terribles castigos, allí mismo la ve-reis marcada con caracteres que no dan lugar á la menor duda. Así será tratada, dice, la gran ciudad que reina so-bre los reyes de la tierra como la ciudad de las siete coli-nas, porque ella es la madre de las abominaciones de la tierra, y porque se ha embriagado con la sangre de los Santos y de los mártires. (1) No podía ser más formal la sentencia, ni más claramente determinado el motivo de la reprobación.

¡ Cuán triste es la suerte de las naciones que después de haber conocido á Jesucristo, han abandonado su culto y perdido su fe. Dirijamos las miradas á las regiones del Asia antes tan florecientes, en donde estaban las famo-sas ciudades de Efeso, Antioquía y Nicomedia; en donde reinaron largo tiempo con el cristianismo las artes, las ciencias, las letras, la sana doctrina y las buenas costum-bres; allí fué donde los Basilio, los Gregorios y los Cri-sóstomos tanto brillaron por su elocuencia y por sus vir-tudes. Volved la vista hacia el Africa, patria de los Ata-nasios, de los Cirilos y de los Tertulianos y comparad el estado presente de esos pueblos con lo que fueron enton-ces, y los vereis envueltos en las tinieblas de la ignorancia y humillados bajo el yugo del más degradante despotismo.

(1) Apoc. c. XVII.

Entonces reconocereis que las naciones, perdiendo la verdadera Religión, pierden con ella su gloria, sus luces, su libertad, su dicha y su civilización. No hay país en donde haya sido apagada la luz del Evangelio, que en el momento no haya caído en la barbarie. Así lo exige la justicia. Es necesario que la apostasía de los pueblos tenga su castigo, y que se pueda decir de cada una de estas naciones infieles, lo que un profeta dijo de Israel prevaricador: “Conoce y confiesa cuán triste es y cuán amargo el haber abandonado al Señor tu Dios. *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (1).”

¿Mas, para qué ir tan lejos á buscar ejemplos del castigo que experimentan los pueblos que abandonan la fe y la ley de Jesucristo? Contemplad los últimos años de nuestra vida social, y hallareis que todos han sido de continua zozobra y de constante agitación; los odios encarnizados, los trastornos políticos y la violación de los derechos más sagrados, han causado ese malestar en que hemos vivido y vivimos aún. Si preguntais cuál es la causa de tantos y tan graves males, no vacilaremos en deciros que la enseñanza de malas doctrinas ha envenenado el corazón de la juventud y ha producido la impiedad y que ésta ha armado el brazo vengador del Dios de la justicia.

Si nuestro país conservara intacto el sagrado depósito de la fe, vínculo fuerte de la moral cristiana, viviría feliz, y marcharía tranquilo á la prosperidad, bajo la égida de nuestra Santa Religión; pero se le ha querido hacer sacudir este suave yugo; dando oídos á sus malignos seductores ha elevado á la categoría de derecho público las más absurdas y exageradas utopias. De esta manera nuestro país ha presentado al mundo el espectáculo de una legislación sin Dios y sin religión. Hé aquí el origen de nuestras desgracias; pero si por largo tiempo hemos saboreado los amargos frutos de una rebelión impía, justo es ya que retrocedamos convencidos de que la práctica de la doctrina evangélica es la vida única de los hombres y de las naciones.

La historia santa dice que los insensatos arquitectos de Babel pretendieron elevar una torre hasta el cielo,

(1) Jerem. c. 11 v. 19.

pero que Dios castigó su impío orgullo con la confusión de las lenguas, para que no pudieran entenderse. Eso mismo sucede á los corifeos de la impiedad, que con su presuntuosa ciencia quisieran someter á ella la ciencia de Dios y en consecuencia pierden toda sabiduría y toda luz. A cada instante incurrén en contradicciones y en sistemas incoherentes á cual más absurdo ; unos niegan la existencia del Ser Supremo, otros lo reconocen, pero lo confunden con el universo, proclamando el absurdo sistema del Panteísmo ; otros hacen la apología de la nada, ensalzan el estado salvaje, niegan la unidad de la raza humana, ó hacen descender al hombre del mono sosteniendo que su verdadero destino es vivir en los bosques, sin ley y sin Dios, sin reflexión y sobre todo sin pudor. Todos estos jefes de la incredulidad, son dignos sucesores de los que en medio de abominables demencias erigieron templos á la razón y adoraron á la prostitución personificada. Se lisonjean de que pronto destruirán la religión y la moral cristianas, y que sobre sus ruinas establecerán el reinado de una filosofía incrédula y materialista. Pero á pesar de sus promesas de conducir los pueblos con este sistema al supremo bien y á esa perfectibilidad indefinida de que tanto nos hablan, no han hecho otra cosa, semejantes á los arquitectos de Babel, que introducir en las naciones la confusión y la anarquía en las ideas. Desde el momento en que abjurán de las promesas que hicieron en el bautismo y renuncian por una secreta apostasía á la doctrina y á la ley de Jesucristo, densas tinieblas cubren sus inteligencias. Para éstos no hay una sola verdad que conserve su evidencia y su certidumbre. Se sumergen en un abismo de dudas y perplejidades en todo cuanto tiene relación con los más caros intereses de la humanidad. La espiritualidad del alma, la eternidad de las penas, la creación del universo, la libertad del hombre, la Providencia Divina que vela sobre todos los acontecimientos humanos, todos estos puntos y otros muchos tan importantes, tan claros y evidentes, para los que creen en el Évangélio, están para ellos cubiertos de profunda oscuridad. ¿ Por qué ? Porque perdiendo la fe entran en la región y en las sombras de la muerte, en donde el sol de la verdad no derrama sus luces, y en donde todo es vértigo, confusión y error.

Si fijamos nuestra consideración y con mirada atenta observamos lo que pasa en nuestro derredor, hallaremos que es grande la multitud de hombres que con avidez increíble corren en pos de doctrinas quiméricas, que adornando superficialmente sus entendimientos dejan un inmenso vacío en sus corazones. Por el contrario, por doquiera se advierte una insensibilidad la más fría y mortal, un desprecio positivo por la verdad, una tendencia directa hacia la mentira y el error, y lo que es más triste, que aún las personas menos accesibles á las máximas corrompidas del siglo abrigan una indiferencia marcada por el estudio de las verdades del cristianismo.

Es inconcebible cómo siendo la verdad el único alimento del hombre, la única que puede llenar sus exigencias y hacerle feliz, no sólo no la busque con avidez, sino que, ó la desprecie, ó si la escucha rehuse recibirla en su corazón y hacer de ella la regla de su conducta. Nadie quiere ser engañado, dice San Agustín; si hay muchos que quieren engañar á otros, puede afirmarse que en busca de la verdad dirigen los hombres todos sus pasos, todos sus pensamientos, todos sus deseos; y que si tuvieran más sentidos, más potencias, más acción y más vida, todo lo consagrarían gustosos á conseguir la verdad.

Ahora bien, si es esta una verdad demostrada é innegable en el orden puramente material de las cosas humanas, ¿ lo será menos en el orden moral? Si en política, en jurisprudencia, en las artes como en las ciencias, existe una verdad, que los hombres buscan con avidez y á cuya consecución consagran sus desvelos, ¿ por qué no así en materia de religión? Es indudable que en ésta más que en todas las otras cosas existe una doctrina verdadera que el hombre debe admitir y abrazar, gobernando por ella sus acciones, asintiendo á cuanto enseña y desechando cuanto se le opone. Esta saludable doctrina, esta verdadera religión, ha sido anunciada á los hombres por Jesucristo, el enviado de Dios á la tierra para iluminar á los que yacíamos envueltos en las sombras del pecado y de la ignorancia, pues como El mismo afirma por San Juan: "Yo para esto nací y por esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad." (1) Misión importante y

(1) San Juan, cap. 18, v. 37.

sublime, misión la más noble de cuantas confió el Omnipotente á los hombres y á los ángeles; misión que únicamente podía desempeñar quien, como Jesucristo, salió del seno del Padre para venir al mundo.

Esta misión santa y sublime es la que ejercemos los ministros del Evangelio, por mandato expreso del mismo Salvador; las verdades que él vino á anunciar al mundo son las mismas que anunciamos. ¿ En qué consiste, pues, que el hombre no manifieste por ellas el mismo deseo que por las verdades que sólo miran á su vida animal y terrestre? ¿Cuál es la causa de que no se oígan con gusto las verdades de la religión, ó de que si se las oye no obren en el alma los efectos que les son propios? Carísimos hijos nuestros: la causa de tan grande desgracia está en nosotros mismos. El error es hijo de la perversidad del corazón, de suerte que corrompido éste, comunica su corrupción al entendimiento y lo hace inaccesible á la verdad. No hay una naturaleza de cosas que más directamente se contradigan que la verdad y el pecado, de suerte que donde éste reside y ha llegado á dominar, aquélla no puede tener en manera alguna simpatía. Por esto, los incrédulos antes de renegar de su fe han corrompido su corazón, y las naciones que han rechazado el Evangelio se habían apartado antes de la virtud que les prescribe su moral.

Ved aquí, venerables cooperadores nuestros, la imperiosa necesidad que teneis de santificar los pueblos que se os han encomendado para que no pierdan la fe. Para cumplir esta santa y grande obra, que es el fin de vuestra misión sobre la tierra, no olvideis que la doctrina enseñada por los Apóstoles y que trasformó el mundo es la misma que vosotros enseñais hoy, y que ella contiene la misma virtud y los mismos gérmenes preciosísimos de civilización que cambiaron la faz de la tierra, y que hoy como antes producirá el perfeccionamiento moral de que es capaz.

Por lo cual, deseando ardientemente la mejora moral de los pueblos encomendados á nuestra solicitud pastoral, os encarecemos, con el más vivo interés, que aprovechando este santo tiempo de la cuaresma, empleeis el ejercicio de vuestro ministerio, de vuestro celo y de vuestra ardiente caridad, á fin de poner reparo á tantos males morales como afligen hoy á los pueblos. Con el ejemplo de vuestra au-

toridad y de vuestras virtudes, fervorizad á los tibios, confortad á los débiles y alentad á todos á cumplir con alegría y con constancia los deberes en los cuales consiste la vida activa del cristiano; pues en vano blasonaremos de profesar la fe de Jesucristo si nos faltan las obras que justifiquen esta misma fe.

Para mantener y aumentar el fervor de la vida cristiana en los pueblos, nada es más á propósito que el establecimiento de asociaciones religiosas, procurando que florezcan por su laboriosidad y su concordia. El objeto principal de estas asociaciones debe ser el de conservar y animar los ejercicios de la vida cristiana y el progreso de todas las virtudes.

¡Cuán gratos y benéficos han sido los resultados que tanto en esta capital como en diversas parroquias de la Arquidiócesis han producido las asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús y de San Vicente de Paúl! ¡Cuántas miserias socorridas, cuántos niños y niñas de la clase más desvalida instruidos, y cuántos escándalos reparados! Ojalá que en todas las parroquias, todos los señores Curas se propusieran el establecimiento de estas benéficas instituciones.

Otra cosa que interesa sobremanera y que debéis procurar en vuestras parroquias es la difusión de los buenos libros, procurando su lectura y la de los buenos periódicos. Los enemigos del catolicismo y de sus instituciones lo combaten constantemente con sus escritos, estableciendo con este objeto periódicos que emplean como las armas más á propósito para conseguir sus fines. De aquí esa multitud de libros, de folletos y de hojas sueltas en que no solamente se impugnan los dogmas de nuestra sacrosanta religión; sino que con un estilo seductor é hipócrita se difunden máximas perniciosísimas y contrarias á la sana moral. Sostienen como buenos, actos injustos é inmorales, falscan la verdad, y lanzan todos los días contumelias y calumnias contra la Iglesia y sus ministros, no habiendo ninguna clase de doctrinas absurdas y pestilenciales que no procuren difundir por todas partes. Hay, pues, imperiosa necesidad de poner dique á la violencia de tan grande mal, y debe ante todo manifestarse á los padres y madres de familia la gravísima responsabilidad en que

incurren y los gravísimos males que les sobrevendrán, si no vigilan y tienen el suficiente discernimiento al elegir los libros y los periódicos que puedan ser leídos por sus hijos y por su familia.

No nos cansaremos de insistir en recordaros el premioso deber que teneis de asistir á las escuelas á dar instrucción religiosa y ejercer vuestra constante vigilancia á fin de que en las materias de enseñanza no se introduzcan errores contrarios á la doctrina de la Iglesia, procediendo en este caso conforme á las prevenciones que oportunamente os hemos comunicado.

Finalmente os encarecemos que en el ejercicio del sagrado ministerio de la predicación, no ceséis de manifestar á los fieles los inmensos beneficios que reporta á los pueblos la práctica de los deberes que nos impone la moral santa del Evangelio, así en la vida privada y de familia como en la pública y social.

Mas, como en todas las empresas necesitamos unir á los medios humanos los auxilios divinos, no cesemos de pedir é implorar éstos por la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, para que vengan sobre nuestra Patria días de paz y de tranquilidad y con ellos el reinado de la verdad y de la justicia.

Autorizados por el Padre común de los cristianos, Vicario de Jesucristo Nuestro Señor en la tierra, concedemos en el presente año en favor de todos los fieles de nuestra Arquidiócesis las mismas gracias que en los anteriores, en los términos siguientes :

1.ª Podrá usarse de alimentos de carnes saludables en los días de ayuno ó abstinencia, exceptuando los que van á expresarse : Miércoles de Ceniza, todos los viernes de la Cuaresma, los cuatro últimos días de la Semana Santa y las vigiliias de Pentecostes, de San Pedro y San Pablo, de la Asunción de Nuestra Señora y de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo ;

2.ª Todos los que hicieron uso de la gracia expresada, darán una vez en el año de la concesión, y según lo que su caridad les sugiera, una limosna á la Iglesia parroquial de su residencia. Los pobres, los jornaleros y los hijos de familia, rezarán una vez en el año de la concesión treinta y tres padres nuestros en memoria de los treinta y tres

años que vivió Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Los privilegios de los indígenas quedan en su vigor.

3.º Los Curas harán poner una arquilla en sus iglesias para que los fieles depositen allí sus limosnas. Todas estas limosnas se destinarán á los reparos de las cosas más necesarias de las respectivas iglesias, dándonos oportunamente cuenta, tanto de la cantidad colectada como de su inversión ; y

4.º Los militares en servicio quedan dispensados de la abstinencia y del ayuno, pero no podrán promiscuar.

Según las declaraciones de la Sagrada Penitenciaría Apostólica, de 24 de Febrero de 1819 y 16 de Marzo de 1882, los fieles que por razón de edad, de trabajo ó de enfermedad no están obligados á ayunar, pueden lícitamente comer carne varias veces al día en los días en que por indulto apostólico es permitido el uso de carne.

Esta pastoral será leída desde el púlpito en uno ó más días festivos al tiempo de la misa mayor en todas las Iglesias de nuestra Arquidiócesis.

Dada en la sala de nuestro Despacho, sellada con nuestro sello y firmada por Nós y por nuestro Secretario, en Bogotá, á 16 de Enero de 1883.



VICENTE,

Arzobispo de Bogotá.

JOAQUÍN PARDO VERGARA,

Secretario.